

¿Qué me es permitido esperar?

Fátima Alemán, Daniela Ward y Carolina Badaraco

EFFECTOS TERAPÉUTICOS Y SÍNTOMA ANALÍTICO

Se puede decir que el psicoanálisis nació como una terapia y no abandonó nunca este interés que guió a Freud en la indagación de la etiología y la naturaleza de la enfermedad. En las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, las palabras de Freud daban cuenta de este interés: "les dije que el psicoanálisis se inició como una terapia, pero no quise recomendarlo al interés de uds. en calidad de tal, sino por su *contenido de verdad*, por las informaciones que nos brinda sobre lo que toca más de cerca al hombre: su propio ser"¹. Es decir, desde un primer momento el psicoanálisis es presentado por Freud como una terapéutica que se especifica por poner en juego el contenido de verdad en relación al propio ser del hombre.

Un ejemplo de esto lo encontramos en el análisis del Hombre de las Ratas. Allí Freud se entusiasma con el significante *raten* y su desplazamiento -ese significante nodal cuya significación va deslizándose por suboficial, dinero, sífilis, pene, ano, niño. Pero el viraje mayor de este análisis se ubica en el momento mismo en que Freud comprende la correspondencia con la constelación subjetiva: el resentimiento provocado en el sujeto por el cálculo que su madre le sugiere en el principio de la elección de su esposa. Así Freud refiere la prohibición de la mujer a la que cree amar a la palabra de su padre en contradicción con hechos patentes, y principalmente de

uno entre todos: que su padre está muerto².

Como J. Lacan señala en *Variantes de la Cura tipo*, ésto que nos deja más bien sorprendidos, se justifica a nivel de una verdad más profunda revelada en la secuencia de las asociaciones. Una verdad que emerge en el seno mismo de la experiencia analítica y que da sentido al simulacro obsesivo: a saber, un horror que fascina y desencadena la neurosis. A partir de significante *raten* y de la secuencia asociativa que se despliega a partir de él, es posible la emergencia del modo de satisfacción de este sujeto.

¿Qué queremos decir con ésto?. Que el síntoma ceda en su aspecto formal no quiere decir que ceda completamente en su punto de goce. Lo citado del Hombre de las Ratas da cuenta de ello: la dirección del desplazamiento del significante *raten* constituye en sí misma un límite. La obsesión se desplaza sin modificar el componente pulsional, ni la relación con la figura paterna que goza. En este sentido, un análisis no se sostiene únicamente en el interés terapéutico. Ha de despertarse otro interés que Freud mismo no deja de mencionar: se trata de operar sobre las *condiciones subjetivas que determinan los síntomas*, cuestión que devendrá en *escuchar la verdad que ellos dicen*.

Esa verdad está dada entonces en el síntoma mismo, tal como se lo entiende en el análisis: como una *envoltura formal de goce*³. La expresión envoltura formal en sí misma señala el sentido del síntoma, apunta al mecanismo significante que interviene en su formación. Este camino es esencialmente simbólico. El síntoma necesita del significante y además del Otro (A) como interlocutor o como lugar mismo de la estructura del lenguaje para su formación. En este lugar se jugará la intención de significación donde el querer decir se encontrará con esta estructura Otro (A) que modificará el mensaje resultante. El sentido del síntoma es entonces un "sentido reprimido"⁴ y por tanto el síntoma aparece como un enigma: "se manifiesta soportado por un significante cuyo significado está reprimido, es decir que no ha sido comunicado a, o aceptado por, el Otro (A)"⁵.

Por lo tanto, el sentido del síntoma supone la función de la palabra. Ahora bien, es la ley misma de la palabra el que "no se pueda decir todo" y Freud se encuentra con algo que se opone a la llegada de sentido a la conciencia. Surgen así sus conceptualizaciones del síntoma como "sustituto" de una *satisfacción interceptada*: "una presunta satisfacción que la persona siente mas bien como un sufrimiento, y

como tal se queja de ella”⁶. Definirá al conflicto psíquico bajo el que debió formarse el síntoma, como un *modo de goce*. Hablará de él como la repetición de aquella modalidad de *satisfacción* de la temprana infancia desfigurada por la censura. Sabemos que en las concepciones freudianas de 1926, la defensa pasa a estar sometida al imperio pulsional; el síntoma deja de definirse como una confrontación de fuerzas opuestas, una formación de compromiso, para comprender en él una adición de esas fuerzas para obtener un mismo fin, la satisfacción. Dice Freud: “el enfermo consigue que la mayoría de sus síntomas añada a su significado originario -la satisfacción pulsional-, el de su opuesto directo -la defensa-”⁷.

Si bien se puede rastrear tempranamente en Freud la íntima articulación entre pulsión y defensa, será recién en 1920 donde esta equivalencia aparecerá enunciada en el paralelismo entre la pulsión reprimida y un factor pulsionante, y lo ilustrará en la fobia y su huida frente a una satisfacción pulsional. Esta conjunción entre defensa y pulsión es en sí misma la conjunción del inconciente con el goce, y el síntoma es una formación íntimamente ligada a la defensa inconsciente y al goce pulsional.

El síntoma así definido por Freud está en consonancia con la última conceptualización lacaniana del síntoma: a partir de los años 70, el síntoma ya no es definido como un mensaje dirigido al Otro, sino que implica “la manera en que cada uno goza de su inconciente en tanto el inconciente lo determina”⁸. Decimos entonces que el síntoma es una envoltura significativa que envuelve un modo de satisfacción particular de cada sujeto, lo cual implica que el síntoma incorpora al factor cuantitativo pulsional del que depende la satisfacción misma.

Si decimos entonces que el síntoma no es abordado sólo por su cara significativa que permite el desciframiento y por lo tanto su interpretación, sino que es necesario tomar en cuenta la satisfacción misma que el síntoma encierra, la *eficacia terapéutica* que se deduce del psicoanálisis no puede dejar de lado la dimensión ética presente en la clínica.

¿Cómo pensar la cura entonces?. Abordaremos una respuesta posible en un segundo subtítulo.

LOS EFECTOS TERAPÉUTICOS Y LA DIMENSIÓN ÉTICA

Si decimos que el psicoanálisis no es una terapéutica como las demás, es necesario dar cuenta de esta diferencia. Podemos recordar que Jacques Lacan deja clara su posición en la entrevista realizada por J-A Miller para la televisión francesa en el año 1973, publicada con el nombre de *Televisión*. Ahí Lacan enuncia que “la cura es una demanda que parte de la voz sufriente...”, es decir, que la cura no coincide con una oferta del analista sino, por el contrario, con una demanda de aquel que acude a la consulta. Esta demanda podemos pensarla en relación a lo que Lacan trabaja en los años ‘60 en su *Seminario sobre la Ética del Psicoanálisis*, en lo que corresponde a “La dimensión trágica de la experiencia analítica”. En el capítulo XXII se pregunta “¿Qué es lo que se demanda en un análisis?” y la respuesta que da es la siguiente: “Lo que se nos demanda es la felicidad”, ese *bien supremo* que ya desde Aristóteles estuvo presente en la Filosofía como el gran interrogante de la humanidad.

Ahora bien, ¿puede el analista responder a esta demanda de felicidad?, o en todo caso, si debe responder porque ello es lo que se espera, ¿qué es lo que puede ofrecer allí?. Dice Lacan: “Lo que el analista tiene para dar, contrariamente a la pareja del amor, es lo que la novia más bella del mundo, no puede superar, a saber, lo que tiene. Y lo que tiene no es más que su deseo, al igual que el analizado, haciendo la salvedad de que es un deseo advertido”⁹. Es decir el analista puede responder a esta demanda únicamente con su deseo, con un deseo que Lacan ha denominado *deseo del analista* porque es el resultado de su pasaje por la experiencia analítica, porque es lo que lo nombra como analista. No hay para Lacan otra forma de responder a esa demanda de bienestar que no sea por la vía del deseo, pues sabemos que la demanda es siempre demanda de otra cosa y que justamente a partir de ella se desliza el deseo. Si hay en juego una *promesa analítica* ésta tendrá que ver con poder sostener ese límite donde se plantea la problemática del deseo.

Entonces, cuando queremos delimitar la oferta del psicoanálisis y dar a entender de qué se trata, una pregunta puede servir como disparador “¿qué me es permitido esperar de un análisis?”. Este puede ser el interrogante con el que alguien se acerca a una consulta o también la pregunta que desde la cultura se hace al psicoanálisis.

Esta pregunta es en realidad una de las tres preguntas kantianas que aparecen en “El Canon de la razón pura” del libro *Crítica de la razón pura*¹⁰, y que se retoma en

Televisión. Recordemos brevemente que el canon de la razón pura es para Kant “el conjunto de principios a priori” que se desprenden del uso justo de la razón, es decir, del uso práctico de la razón. Esto se corresponde con el fin último de todas las inclinaciones del hombre, que llamamos *felicidad*. Ahora bien, ¿cómo es posible llegar a ella a través de la razón?. Para Kant sólo hay una vía posible, la de la moral, es decir, el conjunto de leyes morales que conducen al hombre a su libertad. La intención moral es entonces la condición de felicidad pues sólo a través de ella se puede sostener la esperanza de ser feliz. Cuando Kant plantea las tres preguntas para acceder al uso práctico de la razón: “¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer? y ¿qué puedo esperar?”, encuentra que la única pregunta que es a su vez práctica y teórica y que tiene una respuesta concreta es la tercera, pues aquí es donde tiene sentido la unión de la moral y la felicidad. Todo esperar es para Kant la dirección hacia la felicidad, y a la felicidad no se accede si no es por la conducta moral.

Cuando Lacan retoma estas preguntas, decide hacerlo al servicio del discurso analítico. Al “¿qué puedo saber?” Lacan afirma que su “discurso no admite la pregunta sobre qué puedo saber, puesto que parte de suponer el saber como sujeto del inconciente”. Es decir, lo que puedo saber a partir del análisis no es el conocimiento, sino aquello que sólo aparece por la estructura del lenguaje. Los lapsus, los actos fallidos, los sueños, los síntomas hacen al conjunto de las formaciones del inconciente que como tales se constituyen por la cadena significante.

Con respecto a la segunda pregunta por el “¿qué debo hacer?”, Lacan responde con su ética del Bien-decir, ética que se desprende necesariamente del discurso analítico. Recordemos que Lacan define la ética del psicoanálisis en el *Seminario VII* como la medida de nuestra acción, siendo ésta indisociable del deseo que la habita. Cuando nos preguntamos por el deber-hacer, lo que aparece en primer plano son nuestras acciones. Desde el psicoanálisis la acción del sujeto no puede ser entendida sin el deseo que la posibilita. El empuje de nuestros actos no es una fuerza desconocida o energética sino que es lo que Freud descubre ya en *La interpretación de los sueños*. Por lo tanto si la ética es “un juicio sobre nuestra acción”, no demanda “¿qué hacer?” sino aquel cuyo deseo se extingue, aquel que se ha perdido en la vía del deseo.

Cuando Lacan aborda la tercera pregunta “¿qué me es permitido esperar?”, inmediatamente da un giro a la frase y la transforma en “¿de dónde espera us-

ted?". Cuando se convoca a "lo que me es permitido esperar", se habla entonces de la esperanza -como bien lo decía Kant-, pero sobre ella el psicoanálisis toma ciertos recaudos. Si para Kant la felicidad coincide con "la satisfacción de todas nuestras inclinaciones" y por lo tanto con la meta suprema de la razón, para el psicoanálisis en cambio -desde Freud- la búsqueda de felicidad en el hombre se convierte en una experiencia enteramente subjetiva, pues "nada está preparado (para ella) en el macrocosmos ni en el microcosmos"¹¹. No siempre la esperanza es de bienestar o más bien éste puede tomar tan variadas formas que hasta puede conducir al suicidio. Lo que se puede esperar, según el psicoanálisis, es lo que permite elucidar el inconsciente del que alguien es sujeto. La inversión que plantea el psicoanálisis es que el *objeto* de la espera (el soberano bien) es lo que sirve de velo al *sujeto* de la espera. Lo que el analista intenta operar a partir de su acto es la emergencia del sujeto de la pregunta, es decir, el lugar Otro desde donde su mensaje le es devuelto.

Por eso, y para terminar, Lacan se encarga de remarcar que el psicoanálisis no es recomendable para aquellos cuyo deseo no se haya decidido, es decir, para aquellos que no quieren saber nada del destino que el inconsciente les depara. Si la espera tiene un sentido para el psicoanálisis, y aquí podemos ubicar al *efecto terapéutico*, es la que aparece ligada al saber del inconsciente por el cual es posible la emergencia del sujeto deseante.

NOTAS

1 Freud, S. "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", N°34 : *Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones*. Pág.145- Tomo XXII- Amorrortu Editores.

2 Freud, S. "A propósito de un caso de neurosis obsesiva" (el Hombre de las ratas) - 1909 - Tomo X - Amorrortu Editores.

3 Expresión trabajada por J-A Miller en el Seminario de Barcelona sobre "Los caminos de formación de síntomas". Pág.37 -Dic.1996.

4 Trabajado por J. Lacan en uno de sus textos inaugurales de su enseñanza: "Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis" - *Escritos I* - Siglo XXI Editores.

5 Miller, J-A. Seminario de Barcelona sobre "Los caminos de formación de síntomas". Pág.16.

6 Freud, S. "Conferencias de introducción al psicoanálisis" - N°23: *Los caminos de formación de síntomas*. Pág. 333 - Tomo XVI - Amorrortu Editores.

7 Freud, S. "Inhibición, síntoma y angustia" - Tomo XX - Amorrortu Editores.

8 Lacan, J. Seminario R.S.I. Año 1974-75 - Inédito.

9 Lacan, J. Seminario VII "La ética del psicoanálisis" - Pág. 358 - Editorial Paidós

10 Kant, E. "Crítica de la razón pura" II - Editorial Losada.

11 Freud, S. "El malestar en la cultura" - Tomo XXI - Amorrortu Editores.